

SANTIAGO CARRILLO SE CONFIESA

Lo fácil y lo cómodo ante un libro como «Eurocomunismo y Estado» (Grupo Editorial Grijalbo Barcelona) es afirmar que se trata de un libro de propaganda, en el que se intenta vestir el comunismo con una piel de cordero. Evidentemente que todo político, cuando se expresa en público, hace propaganda de sus ideas o actitudes. Lo que hay que valorar es el grado de sinceridad con que se manifiesta y, en el caso de este libro, el precio que paga por esa supuesta piel de cordero en relación con sus afiliados clásicos y con el ámbito en que se mueve su ideología en el mundo.

AUTOCRITICA

El núcleo más palpitante del libro es aquel en el cual, invocando una experiencia personal y como militante histórico comunista, que en el fondo no ha cambiado, Carrillo se decide a hacer un balance de lo conseguido por el comunismo en los siguientes términos: «El marxismo se funda en un análisis de la realidad concreta... Tenemos ya diversos ejemplos de sociedades que se han adentrado en las vías del socialismo», y se pueden poner, por tanto, en entredicho ideas y soluciones que él mismo había justificado en otras épocas, sobre todo «la contradicción de un tipo de Estado que por sus características tiende no sólo a colocarse por encima de su propia sociedad, sino de las sociedades de otros países», entendiéndose que «los progresos del socialismo en los países capitalistas desarrollados pueden ayudar a la sociedad y a los comunistas soviéticos a superar ese tipo de Estado», porque «la cuestión no está en que el Este derrote militarmente al Oeste; el papel de los comunistas de Occidente no es potenciar el bloque militar del Este... Un Estado en que el Ejército y los órganos de autoridad tienen un papel tan grande corre el peligro de considerar la potencia como su objetivo primordial y en vez de reconocer los límites de su situación objetiva y los errores y faltas propias, los soviéticos pretenden que nos hallamos ya en el socialismo pleno... La confusión entre Partido y Estado soviético parece conducir más a la construcción de imágenes ideológicas que encubran una realidad que no acaba de satisfacer... La experiencia de la lucha contra el fascismo nos ha llevado a mirar con grandes reservas lo que podríamos calificar de totalitarismo socialista».

Y Santiago Carrillo —cuyas expresiones procuro reproducir entrecomilladas—, en su confesión coherente, llega todavía a mayores precisiones críticas. Veamos algunas de ellas: «En la U.R.S.S. se ha desarrollado una capa burocrática que ha ido absorbiendo las funciones directivas, convencida de que ella es la depositaria de la misión social de la clase obrera, pero que insensiblemente ha ido echando sus raíces y poseyendo sus propios intereses... Marx y Engels no tuvieron en cuenta que el Estado creado por la Revolución tiene que acometer la realización de la acumulación de capital, originaria indispensable para montar la moderna producción... La credibilidad de nuestro partido está afectada porque el Estado proletario, tras más de cincuenta años de Poder, no se vislumbra por parte alguna, sino que ha guardado no sólo contenidos de Derecho burgués, sino que ha llegado a deformaciones y degeneraciones que en otros tiempos sólo podían imaginarse en Estados imperialistas... incluso con rasgos formales similares a los de las dictaduras fascistas... De ahí que la lucha por el socialismo esté reclamando cada día con mayor urgencia una crítica interna... La realidad de los países socialistas es que si tomaron el Poder en un tiempo histórico rápido, la transformación económica y social sigue un ritmo mucho más lento, pues persisten aún desigualdades, hay problemas vitales, como el de nivel de vida y el abastecimiento de la población, que no pueden considerarse resueltos; problemas de productividad, de participación, están en pie; subsiste la gran cuestión no resuelta; la de la democracia, y contradicciones y conflictos sociales que una propa-

Por Javier M. DE BEDOYA

ganda unilateral disimula, pero no resuelve.»

Y SEÑALA CON EL DEDO

Santiago Carrillo, al margen de esta crítica interna, apenas ataca a nadie, salvo a la socialdemocracia, a quien presenta como proclive siempre a pactar con los burgueses para «administrables», a los socialistas de Largo Caballero «renuentes a todo pacto con los republicanos burgueses», a los avanzados de la derecha, tan intervencionistas y estatificadores ellos.

De estos últimos, «remedo de soluciones colectivistas», dice: «No es el Estado socialista el que ha puesto fin a la libre concurrencia en nuestro mundo occidental, es el Estado de los monopolios... En otros tiempos, el Estado burgués liberal daba la apariencia de un Estado árbitro que mediaba entre las clases en lucha... En cambio hoy, el Estado aparece cada vez más claramente como el Estado gestor... y como es el Estado gestor que no sirve los intereses del conjunto de la burguesía... entra en conflicto directo con la mayor parte de la sociedad.»

LA SOLUCION QUE PROPONE

No es parco —como suele suceder a los textos marxistas—, el libro «Eurocomunismo y Estado», en dibujar la salida a los problemas planteados. Procuraré resumir utilizando lo más posible las propias palabras de Carrillo: Hay que renunciar a la Dictadura del Proletariado porque los trabajadores pueden elevarse hoy a fuerza hegemónica en la sociedad, dado que son la mayoría democrática, para lo cual los comunistas deben habituarse a hablar en nombre de esa mayoría manejando los conceptos adecuados. En lugar del espíritu minoritario de la época de Marx y Engels y Lenin, que querían destruir los aparatos ideológicos de la burguesía por un golpe de fuerza, lo que se debe hacer es dar la vuelta a esos aparatos desde abajo, mediante el sufragio, la masificación de la educación y la reforma de las bases en el Ejército, Política, Justicia, Prensa, etc., de forma que desaparezca la idea parcial de un Estado Obrero y Campesino.

Y en lo económico-social se hace preciso formular una planificación nacional que integre el sector público y el privado en un régimen «todavía» mixto,

en el que los propietarios puedan organizar partidos como componentes del pluralismo político e ideológico de tal manera que, sin medidas coercitivas, por el desarrollo de las fuerzas productivas del sector público y la hegemonía política de las fuerzas del trabajo y de la cultura se llegue al colectivo social, a la sociedad igualitaria, al socialismo.

En definitiva, todo se reduce a no olvidar, en el uso de la paciencia, que «el objetivo cardinal es poner en manos de la sociedad —y, en ciertos casos, no sólo del Estado, sino de los poderes nacionales, regionales y locales— las palancas decisivas de la economía... Sin transformar el aparato del Estado, toda transformación socialista es precaria y reversible».

OBJECIONES

Como no podía dejar de suceder (sugerida la elementalidad de la fórmula marxista de creer que porque una empresa o mil pasen a ser propiedad del Estado o públicas desaparecen sus problemas intrínsecos y los humanos de los trabajadores), Santiago Carrillo cae en las redes de lo mismo que sinceramente combate. Me basta con recordarle, a este respecto, unas ideas de Engels en su célebre libro «Anti-Dühring»: «El Estado moderno, cualquiera que sea su forma, es una máquina esencialmente capitalista... es el capitalista colectivo ideal. Cuantas más fuerzas productivas se apropia, tanto más se convierte en un verdadero capitalista colectivo. Más ciudadanos explota.»

Es triste esa imagen de la sociedad como lucha exclusiva por el Poder. Y es que el marxismo considera al Poder como la única realidad social. De ese afán de hacer intervenir al Estado vienen los más fuertes conflictos sociales al convertir en políticos y constituyentes todos los problemas personales. Todo proviene de ese tipo de izquierdismo capaz de excluir nada menos que lo económico del ámbito de la libertad. Quien busque la libertad tiene que respetarla en la relación entre medios y fines. Me gustaría que los lectores hojeasen un libro de jóvenes universitarios norteamericanos que acaba de publicarse, «La libre empresa, imperativo moral» (Unión Editorial), para que valorasen todo el alcance de la nueva filosofía en torno a la autodeterminación individual y a la concepción de la producción como algo más que la pura transformación de elementos materiales y cómo, incluso en régimen de autogestión, los autogestores necesitan ser propietarios como hecho diferencial, titular de derechos, frente a la coacción del Estado.